COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

Libreria de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno, y un gran número de sainetes, entremeses, y unipersonales y piezas en un acto.

Comedias que se hallan de venta en la librería de Cuesta calle Mayor.

Abre el ojo ó Aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ò la comedia nueva.
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama.
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungría.
Hijos de Edipo ò Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Monstruo de celos.
Mágico de Salermo.
Mas ilustre fregona (cinco partes)
Mejor alcalde el rey.
Misantropía y arrepentimiento.
Monstruo de la fortuná.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por fuerza.
No hay peor sordo que el que no quiere oir.
No puede ser guardar una muger.
Otelo ó moro de Venecia (tragedia)
Pintor fingido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave-María.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

LA

APUESTA GANADA.

LA
Apuesta Ganada,

ó

PAGAR EL RECIBO DEL BESO.

PIEZA EN DOS ACTOS Y EN PROSA.



VALENCIA:
Por Ildefonso Mompié.
1834.

PERSONAS.

El Conde de Stolberg.
Celia, *su hija.*
Dorotea, *aya de Celia.*
El Marques de Rosenthal, *capitan de húsares húngaros.*
Andres, *asistente del Marques.*
D. Mariano, *Comendador, amigo del Marques.*
Un usurero.

La scena pasa en Stolberg, pequeña ciudad de Alemania en la Turingia, hoy dia círculo de la alta Sajonia, en el año 1816.



Acto Primero.

El teatro representa un salon de la casa del capitan Rosenthal.

Scena I.

Andres limpiando los muebles.

ANDRES.

Son ya las doce, y mi amo no vuelve á pesar de haber salido á las cuatro de la mañana á dar un paseo á caballo: ¡qué hambre tendrá cuando llegue! pues acostumbra almorzar á las nueve (*llaman*): hola, parece que han tocado la campanilla: vamos á abrir.

Abre, y entra D. Mariano.

Scena II.

Andres y D. Mariano.

D. MARIANO.

¿Y tu amo, Andres, dónde está? ¿Ha ido ya á dar la vuelta por el cuartel? A fe que es un militar incansable, y que no pierde un momento en valde. Casi siempre está con sus compañeros de armas, les anima, les escita al trabajo y cuidado de sus armas y caballos, sobre todo con su egemplo les mantiene en la mas severa disciplina.

ANDRES.

Todo cuanto decís, señor, es verdad; pero salió esta mañana á las cuatro, segun costumbre, á pasear á caballo y aun no ha vuelto.

D. MARIANO.

Es cosa estraña. ¿Si le habrá sucedido algo? Este campo está lleno de malhechores que le aborrecen por lo mu-

cho que los persigue; pero él es valiente, no debemos recelar.

ANDRES.

Yo nada temo por él; pues le he visto muchas veces con su espada en la mano atacar solo tropas numerosas de bandidos y pelear con ellos como un leon, hasta la llegada de su compañía, á la que sirve siempre de vanguardia en estos casos (*tocan la campanilla*); pero llaman: él es sin duda.

Scena III.

Los dichos y el Capitan vestido de húsar. Está de mal humor.

CAPITAN.

Toma, Andres (*le da su sable y látigo*); ves á cuidar el caballo, que tiene necesidad de comer.

ANDRES.

Sí señor, ya voy corriendo (*Se va y vuelve*).

Señor, hace mas de dos horas que su almuerzo le está aguardando.

CAPITAN.

(*Enfadado*) Cuando te pregunte responderás, déjame en paz, vete.

ANDRES.

¿Qué novedad será esta? ¡mi amo hablarme con este tono! Es estraño en él. *Vase.*

Scena IV.

Los dichos menos Andres.

D. MARIANO.

Amigo Rosenthal, estás de muy mal humor hoy: ¿qué tienes? ¿Has tenido algun mal encuentro en tu paseo? ¿Has sido acaso atacado por los bandidos?

CAPITAN.

(*Abrazándole*) Perdona, amigo, estoy con

la cabeza tan preocupada que no habia visto á usted. (*Se sienta en una silla apoyando su cabeza en una mano*) Sí, he sido atacado, y por un enemigo muy peligroso.

D. MARIANO.

(*Toma otro asiento*) ¿Has sido atacado, dices, y estás de mal humor? No te entiendo; te habrás defendido segun acostumbras, y habrás quedado vencedor como siempre.

CAPITAN.

(*Triste*) Pues estais equivocado, Comendador; en vano quise defenderme; he quedado vencido, y lo que mas me avergüenza es, que el enemigo que me ha batido tan completamente es un enemigo para mí invisible.

D. MARIANO.

¿Hombre, estás loco? ¿Un enemigo invi-

sible te ha vencido? ¿Qué quieres decir con esto? ¿Te han herido á ti ó á tu caballo á traicion? Habla; yo no te veo herido: esplícate.

CAPITAN.

Amigo, por mas que digais, lo cierto es que un alevoso enemigo encubierto en su fortaleza me ha herido mortalmente en el corazon. Un flechazo...

D. MARIANO.

Acabaras por fin con mil de á caballo.... ¿Es decir, que vuelves perdido enamorado? quedo mas aturdido que antes: ¿quién es la deidad que ha podido vencer tu corazon de bronce? ¿Tú que te has resistido á los ojos hechiceros de las ninfas de esta comarca, durante dos años que estás aquí de guarnicion? ¿Tú que cual una roca en medio del mar desprecia las olas que se estrellan contra ella; te mantuviste firme é insensi-

ble rechazando los repetidos ataques de las célebres hermosuras de la corte? ¿Te has dejado vencer de una beldad campestre? pues no se debe dar otro nombre á esta nueva Galatea encontrada en el campo.

CAPITAN.

¡Ay (*suspirando*), amigo! no os burleis de mí, os voy á contar el caso. Volvia de paseo muy alegre, cuando al pasar por las murallas del parque del Conde de Stolberg, encontré una puerta abierta, sin duda por descuido del guarda-bosque. La curiosidad me movió á entrar, y despues de dar muchas vueltas por varias calles de árboles, que recorria incitado de la agradable sombra que producian, me hallé enfrente de un elegante pabellon: sus puertas estaban cerradas; pero una voz encantadora que se acompañaba cantando con el piano, deleitó al oirla

mis sentidos, y embargó mi alma al mismo tiempo que turbó mi razon. No conociendo muger alguna en casa del Conde, pues es viudo y sin hijos, tomé el partido de retirarme por no ser importuno. Volví las riendas al caballo, mas no me acordé ya del camino por donde habia entrado: daba mil vueltas por el parque, y como por encanto volvia siempre al pabellon donde oía aquella voz que me ha trastornado el juicio. Al fin cesó la voz; no oí mas nada, y sin embargo quedé inmóvil sobre mi caballo á cincuenta pasos en frente del pabellon: no sé el tiempo que permanecí allí, y creo que estaria todavía si un guarda del parque no me hubiese sacado de mi éxtasis, preguntándome con tono bastante áspero, qué buscaba en aquel sitio. No sé lo que contesté, sino que tomó la rienda del caballo, me sacó fuera, sin que abriese yo la boca, pues apenas

sabia lo que me pasaba. Cerró la puerta con mucho enfado murmurando entre dientes, de atrevimiento, impolítica, y qué sé yo qué mas. Quedé pasmado, y el caballo me ha conducido por sí solo á casa, pues no estaba en estado de poderle yo gobernar.

D. MARIANO.

Tu aventura es bastante singular. En efecto, el Conde de Stolberg es muy amigo mio, voy bastante á su Palacio, y desde la muerte de su señora, que hace quince años, nunca he visto muger alguna en su casa. Anoche mismo estuvimos mas de dos horas jugando á las tablas reales. Le batí completamente, y aunque vencido, quedó tan contento como si hubiera sido el vencedor. Es verdad que tiene una filosofía pura, una honradez estremada; pero aquella voz que se acompañaba en el piano en

un pabellon, en medio del parque oculto á todos los hombres, es muy singular, y da mucho que pensar... Sin embargo me ocurre una idea. Andres, tu asistente, ha sido criado del Conde, antes de entrar en el servicio de las armas. Podrá acaso instruirnos en algo de lo que pasa allí, porque el Conde es tan fino, y tiene una política tan astuta, que en vano se le preguntaria acerca de esta aventura.

CAPITAN.

Decís bien, querido amigo; ignoraba que Andres... voy á llamarle al instante: (*con mucha viveza*) ¿Andres? ¿Andres? Despacha... corre... ven pronto.

Scena V.

Los dichos y Andres que sale apresurado.

ANDRES.

¿Señor? ¿Señor? aquí estoy, quereis al-

morzar? ya está todo pronto, sí, ya está hace tiempo.

CAPITAN.

(*Con enfado y viveza*) Hombre del diablo, no piensas mas que en comer; no quiero almorzar hoy, ya lo sabes.

ANDRES.

(*Aparte*) Ay pobre de mí, que estoy aun en ayunas, estoy fresco si he de quedar así todo el dia. ¡Qué genio trae mi amo! ya no le conozco.

CAPITAN.

¿Dime, tunante, pillo, bruto incapaz, ¿por qué no me has dicho ya que habias sido criado del Conde de Stolberg, antes de sentar plaza en mi compañía?

ANDRES.

(*Con temor*) Señor... (*aparte*) pues esto es todavía peor; ¿qué he de decirle? ¿có-

mo saldré yo de este apuro? Ya sabrá sin duda mi conducta pasada en casa del Conde, y me querrá despedir.

CAPITAN.

Vamos, habla, ó si no...

D. MARIANO.

Capitan, le amedrentas con este tono; déjame hablarle (*á Andres*). Andres, á tu amo le conviene conocer los interiores de la casa del Conde de Stolberg, tu antiguo dueño: dinos si el Conde tiene alguna querida, ó si puedes, en fin, imaginar de quién sea una hermosa voz que Rosenthal ha oido cantar en el pabellon que está en medio del parque.

ANDRES.

Sí, lo sé; pero no puedo decirlo, porque... (*aparte*) nada sabe de mí, pues voy á vengarme (*á ellos*). Porque seria ser un

tunante y un pillo el revelar los secretos de mi antiguo amo, á quien prometí cuando salí de su casa no decir jamas....

CAPITAN.

(*Con mucho cariño*) Hombre, por amor de Dios dí cuanto sepas de la voz que he oido, te lo suplico, ó de lo contrario me vuelvo loco.

ANDRES.

(*Aparte*) ¡Ah! ya comprendo el motivo del mal genio de mi amo: ¡está enamorado de la hija del Conde sin haberla visto!... (*á él*). Pues señor, ¿cómo podré resistir á las súplicas de usted, aunque me cueste faltar á mi promesa? habeis de saber, que cuando la esposa del Conde de Stolberg murió de resultas de un parto, el Conde estendió la voz de la muerte de una niña nacida de dicho parto. Pero como esta muerte fue supuesta, es decir, la de la niña, la hizo

criar en una aldea, lejos de aquí, en los estados del Duque de Hagenbach, su íntimo amigo, á quien quedaba tambien un hijo huérfano de madre, proyectando casarlos cuando grandes. La misma ama crió á los dos juntos; despues Celia, que así se llama la señorita, fue educada en un colegio en Munster; de allí volvió á casa del Conde cuando ya tenia quince años, hace ahora seis meses. Por entonces murió el Duque de Hagenbach. Mi amo le prometió de nuevo en sus postreros momentos casar á Celia con Alfonso su hijo, que estaba aun viajando, y habia de volver dentro de un año. El Conde, resuelto á cumplir su promesa, tiene á su hija oculta, cuidando mucho que nadie la vea ni la hable, de miedo no se enamore de otro hombre, y le obligue á faltar á la palabra que dió á su moribundo amigo. (*Rosenthal queda pensativo*).

D. MARIANO.

El Conde me ha parecido siempre de un carácter estraño, y esta historia lo demuestra: será capaz de sacrificar á su hija casándola con un jóven que acaso ella aborrece. Tal es el resultado de las promesas hechas inconsideradamente.

ANDRES.

Pero lo peor es, que el mayordomo del difunto Duque, que viene de tiempo en tiempo á dar noticias de Alfonso al Conde, me ha dicho que este no es digno de la mano de Celia, habiendo disipado casi todo su patrimonio, y llevando una vida muy libertina en Roma, donde está ahora.

CAPITAN.

(*Con mucha viveza*) Ya estoy resuelto; la quiero salvar del peligro que la amenaza. La adoro sin haberla visto. No,

Celia, no serás de Alfonso, júrolo por mi espada.

D. MARIANO.

Modérate, Rosenthal: ¿Qué pretendes hacer? ¿cuál es tu proyecto?

CAPITAN.

Pedirla á su padre: soy rico, soy noble, no me rehusará cuando sepa el amor que la profeso.

D. MARIANO.

¿Y si te la niega queriendo cumplir la promesa hecha á su amigo?

CAPITAN.

(*Con viveza*) Entonces.... entonces.... (*se queda abatido*) no sé qué hacerme: en este caso me desespero....

ANDRES.

(*Aparte*) Vamos, le tengo compasion á

mi amo; será preciso ayudarle con alguna de aquellas astucias que me vienen siempre á mano (*á él con temor*). Señor, si yo me atreviera.... le diria que....

CAPITAN.

¿Qué me dirias?

ANDRES.

No desesperase de obtener la mano de la bella Celia, pues aun hay remedio.

CAPITAN.

(*Con mucha viveza*) ¿Y cuál es? dí pronto, pronto.

ANDRES.

Si me da usted licencia absoluta y libertad entera para obrar á mi gusto, le prometo que la hija del Conde será su esposa dentro de muy poco.

D. MARIANO.

¿Y cómo lo harás? dí, gran mejadero. Si

el Conde se empeña en cumplir la palabra dada al difunto Duque de Hagenbach, es imposible lo que dices.

ANDRES.

Ahí está el caso; pero cuento con usted, señor Comendador, para que me ayude á hacer feliz á mi amo.

D. MARIANO.

Por mi parte prometo hacer cuanto pueda; pero esplícame cómo puedo servir de algo en esto.

CAPITAN.

Sí, querido Andres, esplícalo pronto, y vamos luego manos á la obra.

ANDRES.

(*Aparte*) Hola, ya no soy un pillo, un bribon.... pero olvidémoslo: por otra parte mi amo es muy generoso, y me recompensará bien (*á ellos*). Pues se-

ñores, el caso es que el Conde pasa á caballo por aquí cada dia á la misma hora, la que ya se acerca. Yo estaré en asecho para advertirles cuando pase. Entonces D. Mariano, como su amigo de él, estará en el balcon, y le llamará para presentarle á mi amo, y pedirle la mano de Celia que ciertamente rehusará; y mientras tanto instruiré á mi Capitan del plan de ataque que debe seguir para ganar este fuerte al enemigo. Ahora me voy á mi puesto.

CAPITAN.

Con que cuando nos adviertas saldré yo á encontrarte, y el Comendador quedará solo.

ANDRES.

Sí señores, así, así. *Vase.*

Scena VI.

Dichos, menos Andres.

D. MARIANO.

No puedo comprender cuál será el in-

tento de tu criado; pero él es astuto, dejémosle hacer, y esperemos á que avise la llegada del Conde.

CAPITAN.

Ahora sí que conozco, caro amigo, lo mucho que me quereis, por la facilidad con que condescendeis en ayudarme en este asunto.

D. MARIANO.

Yo, Rosenthal, te miro como un hermano; y aunque tengo algunos años mas que tú, nos conocemos desde la infancia: educados juntos en un mismo colegio, fuimos siempre amigos inseparables; y espero que nuestro cariño sea para siempre firme. Pero Andres llama: (*Andres dentro: señor D. Mariano*) vete á encontrarle, y déjame solo hasta que tu criado te mande entrar.

Vase el Capitan.

Scena VII.

D. Mariano solo.

D. MARIANO.

(*Se asoma al balcon*) Allí viene el Conde, le llamaremos (*le llama*): ¿Conde? ¿Conde? amigo, subid aquí un momento. Oid una palabra. (*Se retira del balcon*) Ya sube: á ver qué cara pondrá cuando sea su secreto descubierto.

Scena VIII.

D. Mariano y el Conde.

D. MARIANO.

Se admirará usted, Conde, le haga subir en una casa estraña. Esta es la del Marques de Rosenthal, compañero de colegio mio, y ahora Capitan de húsares, muy valiente. Quiero presentarle á usted. Siéntese un rato mientras viene.

CONDE.

A la verdad, Comendador, no adivino el motivo que le ha inducido á llamarme, aunque me alegré de conocer á ese Capitan que goza de grande fama; á pesar que usted hubiera podido presentarle en mi casa.

Scena IX.

Los dichos y el Capitan.

D. MARIANO.

Mi intencion era esa; pero habiéndole visto venir, le he llamado á usted para que tenga la bondad de intervenir y juzgar una apuesta que hemos hecho el Capitan y yo. Mas aquí está mi amigo. *Entra el Capitan.*

CAPITAN.

Señor Conde, tengo mucho que agradecer al Comendador por el honor que me

ha procurado presentándole á usted en mi casa.

CONDE.

Capitan, el honor es mio. Hace tiempo que deseaba conocer un valiente militar, cuya fama se estiende por toda Alemania.

D. MARIANO.

Dejemos los cumplimientos, señores, y vamos al caso. El Capitan habiendo entrado en su parque de usted por curiosidad, por la puerta falsa que ha encontrado abierta.

CONDE.

(*Aparte*) Ya está descubierto mi secreto.

D. MARIANO.

Paseando por el bosque, llegó hasta un pabellon que le pareció encantado; pues oyó en él una voz muy dulce que produjo en su corazon el mismo efecto que hubiera hecho la de una Sirena: perdió

la razon, y no acertaba á moverse del sitio, si un guarda del parque no le hubiese sacado de allí. Pretende que ha de ser hija vuestra la oculta beldad que le arrebató su corazon: yo le digo que todo lo ha soñado; pues en tanto tiempo que frecuento su casa, nunca he visto muger alguna habiendo usted quedado viudo y sin hijos quince años há. Pero mis razones no le convencen. Se vuelve loco con el pabellon encantado; y por fin hemos apostado dos mil florines, eligiéndole á usted por juez en nuestra contienda.

CONDE.

(*Aparte*) ¡Fatal contratiempo! El corazon enamorado del Capitan no se ha engañado. ¿Qué haré! ¡Ah, Celia! ¡cuánto me cuesta la palabra que dí á mi amigo el Duque! (*á ellos*). Pues señores, debo decir en verdad, que el Capitan ha ganado la apuesta. Es hija mia la que

oyó cantar. Motivos importantes me obligan á tenerla oculta hasta que se case.

CAPITAN.

(*Con mucha viveza*) ¿Hasta que se case decís, Conde? Pues si mi rango y mis riquezas no os son indiferentes, desde luego os pido la mano de vuestra hija.

CONDE.

(*Aparte*) He aquí mis proyectos contrarestados. Por fortuna mi hija no le ha visto; porque en este caso el mal seria mucho mayor (*á él*). Agradezco, Marques, vuestra oferta; pero me es imposible admitirla. Mi palabra está empeñada con otro, y la cumpliré.

CAPITAN.

Pero, Conde, si vuestra hija no gustase del marido que le propondreis y se enamorase de otro, ¿la sacrificariais acaso al cumplimiento de una palabra que

ningun padre puede dar sin traspasar sus derechos?

CONDE.

No soy tan bárbaro, y por esta razon la guardo de la vista de todo hombre. No verá ni conocerá á ningun otro que al que le tengo dispuesto; hijo de un íntimo amigo mio, que exigió mi palabra al morir.

D. MARIANO.

Ahora, Conde, que vuestro secreto está descubierto, muy difícil será el impedir que algun enamorado se introduzca en su casa, y trate de ganar el corazon de vuestra hija: mira que todo muro penetra amor; no hay candados ni cerraduras que no abra.

CONDE.

No tengo miedo, y menos estando ya advertido. Redoblaré la vigilancia para

hacer vana la astucia de todos los hombres, si tratan de engañarme; y no los temo si no emplean la fuerza para vencerme.

CAPITAN.

La fuerza es un medio impracticable para todo hombre de bien; pero la astucia es permitida en casos de amor. Decid, Conde, si me introduzco en el pabellon dándoos un testimonio de ello firmado de mano de vuestra hija, y os pruebo que el futuro esposo que le destinais es indigno de su mano, ¿cuál será mi suerte?

CONDE.

Entonces, aunque me pese será vuestra, si ella os quiere. Pero pensad que la empresa es muy árdua, y que teneis muy pocos dias para el ataque; porque de un momento á otro espero al que ha de ser su esposo, y su union se verificará inmediatamente que llegue.

CAPITAN.

Acepto gustoso vuestra condicion. (*aparte*) ¡Ah, Celia adorada! ya eres mia.

CONDE.

Me retiro, señores, para disponerme á recibir y rechazar vuestros ataques: veremos quién vencerá. *Vase.*

Scena X.

Los dichos, menos el Conde.

D. MARIANO.

Ahora, Capitan, manos á la obra. Valor y astucia; mirad que la empresa es difícil. El Conde no se dejará vencer tan fácilmente.

CAPITAN.

Nada temo. Andres me ha dado su palabra de procurarme el medio de introducirme en el pabellon de Celia para

hablarla, y de traerme testimonios auténticos de la mala conducta del hijo del Duque de Hagenbach en Roma, donde se halla hoy dia. Pero viene mi criado: veremos qué trae.

Scena XI.

Los dichos, y Andres que sale con un trage de bohemio y una vara de medir en la mano, con un pequeño fardo de varios géneros en los hombros.

D. MARIANO.

¿Qué diablos traes aquí, hombre? ¿Un disfraz? ¿Para quién?

ANDRES.

Para mi amo. Le traigo la coraza, el escudo y la lanza. (*Se quita el fardo*) En fin, las armas con que ha de asaltar el castillo de Stolberg, y que le harán apresar toda su guarnicion. Ea, vamos á vestirse. (*Se irá vistiendo de bohemio*)

Así, así, valor, ánimo. Al salir de aquí encontré una pasiega que venia del castillo con un sobrino suyo: es muy conocida mia, porque viene cada año á esta tierra. La pregunté si habia vendido algo allí: contestó que el Conde estaba de mal humor, y que no quiso verla ni dejarle ver á su hija; pero el portero me ha dicho, dijo ella: «que el Conde habia de salir esta tarde. Iré sin falta, y regalando un par de tirantes á este portero y una mantilla á la criada, que le prometí el año pasado, la señorita me comprará cosas de valor; por tanto no pierdo nada. Así suelo hacerlo en estas casas de grandes, y me sale muy bien la cuenta." Al instante se me ocurrió que mi amo podria ir en lugar de la pasiega, y aprovechar los momentos que su trage le permitiria estar con Celia.

CAPITAN.

¡Ah, Andres! ¡cuánto te debo! jamas olvidaré....

ANDRES.

Que soy un pillo, un tunante, ¿no es verdad? Pero sin estas dos calidades es imposible á un criado hacer carrera en el mundo.

D. MARIANO.

Tienes muchísima razon, Andres, (*al Capitan*). A fe, Capitan, que estás lindo con este trage. Puedes enamorar á cualquiera hasta la vieja Dorotea. ¡Qué traza tan graciosa! me tarda ya conocer el éxito de ella.

CAPITAN.

No os chanceeis: pero ya que me he revestido de las fuertes armas que han de darme la victoria (*endosando el fardo*), vamos á principiar el ataque.

ANDRES.

Sí, andad con Dios, y espero salgais vencedor de esta batalla. Voy á buscar ahora las demas municiones para el último asalto. Unas cartas del hijo del Duque dirigidas á cierto usurero de esta villa. *Vanse todos.*



Acto Segundo.

El teatro representa una sala del castillo de Stolberg, adornada con escribanía, sofá, espejo y tocador.

Scena I.

Sale el Capitan vestido de bohemio con el fardo acuestas.

CAPITAN.

Aquí me han dicho que aguarde á la vieja Dorotea. (*Se mira al espejo, y se quita el fardo*) Vaya, que este ridículo trage me ha servido grandemente para entrar. Buen principio. ¡De qué armas me he revestido yo para asaltar este fuerte castillo encantado donde gime una beldad! El primer paso está

vencido; pues con un par de tirantes gané al cancerbero del portero. Falta ahora contentar á la recelosa dueña. Si mis compañeros me viesen así vestido, ¿qué tal? no dejarian de reirse de buena gana. Pero el amor me guia; salga yo vencedor de mi empresa, y no me importe la censura del orbe todo. ¡Ah! aquí sale Dorotea, disimulo y astucia.

Scena II.

Dicho y Dorotea.

DOROTEA.

(*Con tono de importancia*) ¿Quién se ha introducido sin mi permiso hasta esta habitacion? ¿Qué quereis aquí, bohemio? De nada necesitamos. Por tanto salid, salid pronto os mando.

CAPITAN.

(*Con humildad*) Señora Dorotea, no os

enfadeis: mi tia Juana, la bohemia, que viene cada año á esta villa, me encargó mucho veniros á visitar, y traer una mantilla que os prometió el año pasado. Aquí la traigo, y al mismo tiempo si la señorita Celia quiere comprar algunas cosas (*señalando el fardo*); tengo muchas y buenas.

DOROTEA.

(*Con tono mas pacífico*) ¡Ah! si sois sobrino de la señora Juana, eso es diferente. No le conocia á usted, y como tengo órdenes tan estrechas del Conde mi amo de no dejar hablar á nadie con mi señorita.... pero con usted es otra cosa. Un bohemio, al fin, que viene á vender aquí.... (*aparte*) y la mantilla que me trae regalada no es de perder; no que tambien me gusta ir los domingos muy compuesta. Voy á llamar á Celia. ¡Cuánto se alegrará!... Vamos, desatad vuestro fardo. Vuelvo pronto. *Vase*.

Scena III.

El Capitan solo.

CAPITAN.

¿Qué tal? parece que he hecho muy bien mi papel. (*Irá desatando el lío*) La mantilla ha hecho el efecto que me prometia. ¡Qué frágiles son las mugeres!... El interes y la vanidad pueden mas entre ellas que todas las prohibiciones de los amos mas astutos. Oigo pasos: ellas son sin duda. ¡O amor! ¡Cuán dulcemente haces palpitar mi corazon! ¡Qué triunfo para tí, Celia! Tu encantadora voz ha trasformado á un Capitan en bohemio. Así como Hércules dejó las pesadas armas por la rueca, abandono yo el campo de Marte para acogerme á la bandera de Venus. (*Salen Dorotea y Celia*) ¡O Dios!... (*Con sorpresa*) ¡Qué hermosa! ¡Qué conquista digna de todos mis esfuerzos!

Scena IV.

Dicho, Celia y Dorotea.

CELIA.

(*Aparte*) El bohemio se ha quedado parado. Parece que le turbó mi presencia. ¡Quê aire tan marcial, y al mismo tiempo tímido. Jamas he visto bohemio de esta conformidad.

DOROTEA.

Vamos, señor, ¿qué haceis? ¿Se queda usted parado? No tengais miedo; mi señorita es muy buena. ¿A ver los géneros? sepamos si son de moda. Aquí sobre este sofá podeis ir sacándolos. Me probaré tambien la mantilla para ver si está bien.

CAPITAN.

(*Con turbacion*) Disimulad, señora: vuestra hermosura (*haciendo una cortesía*)

me sorprendió de tal manera, que no acertaba á haceros el debido cumplimiento; pero os juro que nunca olvidaré la impresion que vuestra presencia hizo en mi alma (*aparte*) Disimulemos, ó si no me pierdo, y (*á ella*) si fuese caballero y digno de vos, cifraria toda mi felicidad en ser mas constante admirador.

DOROTEA.

(*Con enfado y sospecha*) ¡Caramba con el bohemio! ¡qué discurso! Ni el mas pintado amante pudiera decir otro tanto. Vamos, señor, despachemos: sacad los géneros, ó si no nos retiramos.

CELIA.

(*Con dulzura*) Querida Dorotea, no te enojes; el bohemio ha hablado con mucha finura; y aunque no merezco su cumplimiento, no dejo de agradecerlo (*al Capitan*). Saque usted los géneros:

sí, sáquelos; veremos lo que usted trae. (*aparte*) Su modo de espresarse ha penetrado hasta el fondo de mi corazon. ¡Qué amabilidad! ¡qué gracia!

CAPITAN.

(*Aparte, sacando aprisa sus géneros en el sofá*). Para sosegar el enfado de Dorotea, le daré la mantilla lo primero de todo. (*La saca, y se la da*) Tomad, señora Dorotea, probad si os está bien.

DOROTEA.

¿Veamos? ¿veamos? (*La toma, y va á ponérsela al espejo*).

CAPITAN.

(*A Celia*) Mirad, señora, estos guantes. (*Los toma, y se los pone*) Su color es muy bonito. Uno puesto y el otro sacado harán lucir la blancura de vuestra hermosa mano. ¡Qué forma tan elegante! ¿qué dedos tan delicadamente hechos! (*mirándole la mano*).

CELIA.

(*Aparte*) ¡Qué amable bohemio! (*á él*). Decidme, ¿dónde habeis aprendido tantas cosas?

DOROTEA.

(*Viene con la mantilla puesta mirándose por todos lados*) Señorita, ¿qué tal me cae la mantilla? ¿parezco bien con ella? ¿no me avieja demasiado?

CELIA.

Muy bien te cae: perfectamente, amiga.

DOROTEA.

(*Muy alegre, y haciendo movimientos de vanidad ridícula*) Usted, señorita, ¿no compra nada? Una mantilla así le estaria perfectamente.

CELIA.

He escogido este par de guantes, y voy á ver otras cosas.

DOROTEA.

Pues yo voy á mirarme al espejo por detras, no sea que la mantilla me desfigure el cuerpo.

CAPITAN.

(*Enseñando cintas de toda clase, pañuelos, piezas de percal, etc.*) Todo esto, señorita, es de la última moda; escogido espresamente para usted: espero que me compreis bastantes cosas.

CELIA.

No tengo dinero para todo lo que quisiera comprar, y no me atrevo....

CAPITAN.

¡O! no tengais miedo: con un recibo firmado de vuestra blanca mano estaré perfectamente satisfecho. Estoy de acuerdo con vuestro padre; no temais: escoged, que yo iré escribiendo.

CELIA.

Siendo así, tomaré estas cintas y esta pieza de percal, y no mas.

CAPITAN.

Esperad. (*Saca una caja con aderezo completo: pendientes, collar, pulceras, peineta y cinturon*) Esto lo tengo reservado para usted. Nadie lo ha visto aun. Es el primer aderezo que se ha hecho en París de esta clase. Es fuerza me lo compreis. (*Le pone los pendientes, el collar, etc.*).

CELIA.

¡O! ¡esto importa mucho dinero! Mi padre se enfadaria. No lo quiero, no, quitádmelo.

CAPITAN.

Guardadlo sin recelo. Lo sabe vuestro padre, y en todo caso cuando lo vea, si

no quiere que lo guardeis, lo volveré á tomar. (*La mira despues que le ha puesto el aderezo*) ¡O! ¡cuán bien os cae este collar! ¡Qué belleza tan peregrina! Jamas he visto cara tan perfecta. (*Le coge una mano, y se la besa*) Sea testigo este beso de la verdad que siente mi corazon. (*aparte*) Y el preludio de la felicidad suprema que alcanzaré con tu mano.

CELIA.

(*Confusa y colorada*) ¿Qué haceis, buen hombre? Me avergonzais con tantos cumplimientos. ¿Os quereis acaso burlar de mí?

CAPITAN.

(*Le coge la mano, y la aprieta contra su corazon*) Este es testigo de la sinceridad de mis palabras, y....

DOROTEA.

(*Vuelve con la mantilla doblada encima del brazo*) Me gusta en estremo la tal mantilla; me cae muy bien: me hace

un cuerpo airoso por detras: no me avieja nada: estoy contentísima (*al Capitan*). Dará usted infinitas gracias á su tia por la fineza. La quiero mucho; pues hace por lo menos cuarenta años que nos conocemos (*mirando á Celia*). ¡Jesus, señorita, qué cosas tan ricas habeis tomado! ¿Y vuestro padre qué dirá? ¿os ha dado tanto dinero? No comprendo.... (*El Capitan se sienta, y escribe la cuenta*).

CELIA.

Escúchame, Dorotea. El bohemio me ha dicho que estaba de acuerdo con mi padre, y que se contentaba con tal que le firmase la cuenta.

DOROTEA.

No sé, pero temo no se enfade el Conde, y me riña despues á mí.

CELIA.

No; mi padre es bueno, y se alegrará de verme bien adornada.

CAPITAN.

Aquí teneis la cuenta, señorita. Os la voy á leer. Despues tendreis la bondad de firmarla. (*La lee*).

Nota de los géneros que he comprado y recibido del bohemio Rosenthal, sobrino de su tia Juana, cuyo pago queda al cargo de mi padre, el Conde de Stolberg.

Un par de guantes. . .	2 florines.
Tres piezas de cinta. .	3
Una pieza de percal.	50
Tres pares de medias de seda bordadas. . . .	8
Un beso en la mano, gratis (*aparte*), que vale para mí un mundo entero.	
Un aderezo completo.	500
Total. . .	563 florines.

DOROTEA.

¡Vaya, que el bohemio es gracioso! ¿Quién diablo vió jamas sentar un beso en una cuenta? ¿Está usted en su juicio, buen hombre, ó es burla?

CAPITAN.

No es burla, no, señora Dorotea. Se lo dí; y de este modo lo advierto al Conde, porque los buenos hijos deben dar cuenta á sus padres de todas sus acciones, aun de las mas mínimas. La señorita es demasiado amable y virtuosa para rehusar firmar una cuenta que no tiene sino la pura verdad; tanto mas, que si el señor Conde no está contento cuando la vea, estoy pronto á volver el beso donde lo tomé, y tomar los géneros donde los dejé.

CELIA.

(*Se rie*) Ja.... ja.... ja.... ¡qué amable y gracioso es el señor bohemio! Tiene muchísima razon. Es fuerza firmar el tal recibo. (*Lo firma*) Jamas he visto per-

sona mas agradable ni que raciocine mejor. (*aparte*) Ojala que Alfonso, el que me destina mi padre por esposo, sea tan amable como este hombre. (*suspirando*) Ojala fuese noble y caballero.

CAPITAN.

(*Doblando la cuenta, y aparte*) Ya te tengo al fin, recibo de mi alma. ¡Cuántas dichas, cuántas venturas encierras tú para mí! ¡Qué fuego circula por mis venas! ¡qué llama ha encendido en mi corazon el beso anticipado que he tomado á este ángel de hermosura y gracia!

DOROTEA.

Y bien, señor sobrino de su tia Juana, ¿qué hace usted? ¿no recoge sus géneros? parece que no tiene prisa. Sin embargo es preciso irse; otro dia presentará la cuenta al señor Conde.

CAPITAN.

Sí, es verdad. No me acordaba que es ya tarde. (*aparte*) Maldita la prisa que ten-

go (*á ella*). Vamos recogiendo. (*Se pone á recoger muy despacio*).

DOROTEA.

(*A Celia*) ¿Ha visto usted, señorita, qué modo de darse prisa? Está una hora por cada pieza que recoge ¡Y cuánto la mira á usted! ¡qué ojos le echa! ¡parecen espantados! ¡qué cara tan encendida! No haria mas el mas fino pretendiente. ¡Cuán bien hace vuestro padre de ocultaros de los hombres! Si este bohemio parece que os enamora, ¿qué no harian los demas?

CAPITAN.

(*Aparte*) ¡Si me abraso del mas vivo fuego con su vista! No dudo que los demas hiciesen otro tanto.

CELIA.

Tú te equivocas, amiga. Porque quieres irte, y temes la llegada de mi padre, te parece que va despacio en recoger. (*aparte*) Ojala fuese aun mas despacio; pues su presencia me causa un placer

que no comprendo, y la espresion de sus ojos me encanta. Pero me parece que viene mi padre.

DOROTEA.

¿No hacia yo bien en querer que se apresurase este bohemio para irse? ¿Qué haremos ahora?

Scena V.

Los dichos y el Conde.

CONDE.

¿Qué es esto, hija? ¿Dorotea?

DOROTEA.

La señorita quiso comprar varias cosas á este bohemio, sobrino de la señora Juana, aquella que venia cada año. ¿Quereis ver la cuenta, señor Conde? (*Se acerca el Capitan que está vuelto de espaldas, y se la da*) Dádmela, hombre, yo misma la presentaré.

CONDE.

Me alegro, hija mia, hayas comprado estas halajas que te sientan muy bien. A

ver cuánto importan? (*Toma la cuenta, y lee; al ver el nombre de Rosenthal arruga el gesto, y le mira pronunciando su nombre. Cuando llega al beso, gratis, esclama*): ¡Estoy perdido, Rosenthal! (*Le coge la mano*) En vano redoblé la vigilancia: una hora de ausencia ha bastado para que os hayais introducido aquí. Tengo en mi mano el recibo del beso; y si la mala conducta de Alfonso se averigua, nada tengo que alegar. Vuestra es la prenda que habeis venido á conquistar en esta fortaleza.

CAPITAN.

(*Medio confuso*) Espero, Conde, que no tomareis á mal el inocente ardid que he usado para venceros.

DOROTEA.

Yo nada entiendo de todo esto, señor Conde. ¿Qué lenguage usais con este bohemio? ¿no es acaso sobrino de la señora Juana?

CELIA.

(*Aparte*) ¿Qué querrá decir mi padre? ¿Qué hombre será este bohemio? ¡Ah! creo que mi corazon no se habrá engañado.

CONDE.

No, Dorotea. El señor no es bohemio, ní sobrino de la tia Juana. Es un valiente discípulo de Marte: un capitan de húsares, que habiéndose enamorado de la voz de Celia por haberla oido cantar, se ha introducido aquí burlando mi vigilancia. Ved cuán poco se puede fiar en la guardia de una muger.

CELIA.

(*Con tono medio enfadado*) Pero, padre mio, es mucho atrevimiento el del señor; y sobre todo, el haberme dado un beso en la mano no se lo puedo perdonar.

CAPITAN.

Hermosa Celia, confieso que os lo robé, y estoy pronto á volvérosle donde le tomé.

CELIA.

No señor; es escusada esa diligencia. (*aparte*) Buen modo de remediar el daño.

DOROTEA.

No me engañará otra vez el señor Capitan. Su cara queda estampada en mi memoria. ¡El atrevido! ¿Se ha visto jamas tal descaro? ¡engañar de ese modo á una muger de mis circunstancias! jamas se lo perdonaré.

CAPITAN.

No os enfadeis, Dorotea; si tengo la dicha de ser el esposo de Celia, me acordaré siempre de usted, y podeis contar con mi eterna amistad.

DOROTEA.

(*Aparte*) A fe que el Capitan parece tan generoso como lindo de cara. Vaya, que ha tenido un modo muy fino de conquistar á mi ama. (*suspirando*) ¡Ay infeliz de mí! ¿no habrá quien me conquiste? Sin embargo no soy del todo

malita de cara y cuerpo; me cae tan bien la mantilla....

CONDE.

Capitan, soy vuestro deudor. Es preciso satisfacer esta cuenta: importa 563 florines.

CAPITAN.

Poco á poco, señor Conde: esta cuenta no se satisface así. El beso gratis, ya veis que no tiene precio. Espero á mi criado con las municiones para el último asalto, y entonces la mano de vuestra hija será la recompensa de mi metamórfosis. Así lo hemos tratado, ¿no es verdad? (*Tocan la campanilla, Dorotea va á abrir, y el Capitan mira afuera*) Pero allí viene el señor D. Mariano, testigo de nuestro tratado.

Scena VI.

Dichos y D. Mariano.

D. MARIANO.

Como estoy persuadido de que el Capitan

ha salido vencedor en su empresa, me he tomado la licencia de venir á darle la enhorabuena, y ponerme á los pies del objeto deseado de su conquista (*haciendo una cortesía á Celia*); y ciertamente que su corazon no le engañaba. Esta hermosura no merece la cautividad que sufria; muy al contrario, es digna de presentar á todo el orbe como el mas perfecto modelo de beldad (*al oido al Capitan*). Andres viene con un usurero y las cartas de Alfonso. (*tocan la campanilla*).

DOROTEA.

¿Quién será ahora? ¿acaso otro bohemio que viene para engañarme? pero ya estoy escarmentada; no me la pegarán mas. (*va á abrir, y vuelve*) Es la buena pieza de Andres, el antiguo criado de casa, que viene con otro hombre de bastante mala cara. Dice que tiene un asunto muy importante que comunicar al señor Conde.

CONDE.

Hazlo entrar, Dorotea, á ver qué quiere.

CAPITAN.

Es mi asistente Andres que viene á traerme el refuerzo conveniente. Está conmigo desde que salió de su casa de usted, y sentó plaza en mi compañía; pero hasta ayer no supe que habia servido en esta casa.

Scena VII.

Los dichos y Andres con el usurero.

ANDRES.

Señor Conde, habiéndome la casualidad hecho encontrar á este honrado sugeto (*señalando al usurero*), que tiene correspondencia muy seguida con el señor D. Alfonso, vuestro pretendido yerno, y habiéndome enseñado una de sus cartas, entramos poco en la relacion de toda la vida del hijo del Duque de Hagenbach. He creido cumplir con mi obligacion y el agradecimiento que os

debo, trayendo á este hombre para que os declare la verdad, y os desengañe de que el señor D. Alfonso no es acreedor á la mano de la señorita Celia, que venero demasiado para verla con indiferencia entregada á un hombre indigno de ella.

CONDE.

No dudo que estando tú al servicio del Marques de Rosenthal hayas revuelto lo que no se puede imaginar para servirle, pues tu astucia llega hasta lo sumo. Pero si esta vez la has usado para un bien, te la perdono de buena gana. Vamos en tanto al caso.

CAPITAN.

Voy á quitarme este trage en la antesala, aunque no debo avergonzarme de él; pues me ha procurado el mayor de los bienes; el de conocer á tan amable señorita.

CELIA.

(*Aparte*) ¡Qué político que es el señor Capitan.

USURERO.

Señor, lo que puedo decir, que soy uno de aquellos hombres que ganan honradamente su vida prestando dinero al módico interes de 25 por 100 sobre fianza de bienes. Ya tengo prestado al señor D. Alfonso en varias veces hasta la cantidad de cien mil florines. Acabo de sacar por sentencia del Tribunal el poner en venta una de las mejores quintas del Duque. (*le enseña la órden*) Ademas teneis aquí una carta del señor D. Alfonso, en la que me pide encarecidamente le alargue el plazo del pagamento; pero yo tengo prisa, necesito mi dinero, y mañana marcho á egecutar la venta de la quinta. (*le da la carta, y el Conde la lee*). (*Sale el Capitan vestido de uniforme*).

CELIA.

(*Aparte*) ¡Qué galan! ¡qué bien le cae el uniforme! ¡Ah! ¡nunca olvidaré al bohemio!

CONDE.

(*Entregando la carta al usurero*) Sí, en efecto, quedo convencido. ¡Ah! ¡infeliz Alfonso! ¡qué poco conoces lo que pierdes con la posesion de mi amada Celia! (*la abraza*) Permíteme, hija mia, derramar una lágrima en memoria de mi difunto amigo el Duque. (*se enjuga los ojos*) Te destinaba á su hijo por esposo, pero el Capitan Rosenthal es mas acreedor. Me venció, y te merece: deseo seais felices y vivais largos años. (*les junta las manos*).

CAPITAN.

Este dia es el mas venturoso de mi vida. Amor me guió en esta empresa. He quedado vencedor. No me resta mas

que preguntar á Celia si agradece mi venida á este castillo.

CELIA.

Ya que mi padre aprueba nuestro enlace, mi obediencia sin límite me obliga á manifestarme satisfecha de su eleccion. (*aparte*) Conociendo á este Capitan, bien seguro que no diera mi mano á otro.

D. MARIANO.

Me alegro, Rosenthal, que sepas vencer así en amor como en las armas. Triunfante de todos tus enemigos, ¿qué mas puedes desear? Cupido escondido en su fortaleza te hirió á traicion; pero tú has asaltado el castillo, y entrando por la brecha le has hecho capitular y rendirse. Viva pues Rosenthal para siempre.

ANDRES.

Viva mi Capitan triunfante: pero le suplico no olvide que con mi astucia he

dirigido la batería con que ha abierto brecha á la fortaleza.

CAPITAN.

Nunca olvidaré tus servicios. Cuenta con mi agradecimiento.

CELIA.

Le recompensaré tambien por mi parte, por haberme obligado á capitular con tan digno vencedor.

USURERO.

Yo me voy á vender la quinta y cobrar mi dinero.

CONDE.

Vamos todos á celebrar la victoria del Marques de Rosenthal, y pagar el recibo del beso.

FIN.

OMEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LU Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO de 8.º

bate l' Epee.
celina.
dolfo y Clara ó los dos presos.
gamenon (tragedia).
li-Bek
mantes generosos.
Amor y la intriga.
varo (el).
Bella labradora.
Califa de Bagdad (ópera).
Cecilia y Dorsan.
Chismoso (el).
Clementina y Desormes.
Conde de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos, ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solteron y su criada.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia)
Blanca y Montcasin (tragedia),
Bosque peligroso.
Bruto ó Roma libre (tragedia).
Cabeza de bronce.
Cadma y Signoris.
Calavera (el).
Caliche.
Camila (tragedia).
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (las).
Citas debajo del olmo.
Cocinero (el) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Conjuracion de Venecia.
Contrato anulado.
Coquetismo y presuncion.
ostumbre de Antaño.
antas veo tantas quiero.
ber y la naturaleza.
Pedro de Portugal (tragedia).
Sancho García de Castilla.
Doña María Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
D. Dieguito.
Edipo (tragedia.)
Eduardo y Federica,
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Enamoradizo (el).
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Escuela de la Amistad.
Guzman (tragedia.
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia)
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia)
Numancia destruida (tragedia)
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Ràbula (tragedia)
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años, ó vida del jugador.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y los calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la)
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la Madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.